LAFARIUM
©JINTA CRUEL

LAFARIUM

abril dos mil veinticinco

GR MATEO

LAF25A-02

su boca que reía
yo no pude matar
ALFREDO LE PERA, *Amargura*

EL SUEÑO

Marcelo Gobbo

Abro un cajón del modular para sacar un posavasos y ahí la veo. Es una 38. Mi padre tenía una igual. No sé qué pasó con ella cuando murió.

–¿Para qué tenés el arma?

–Esta zona no es lo que era antes –me responde con liviandad antes de tomar un sorbo de whisky.

–Con estas cosas no se jode, che –digo mientras tomo el posavasos y cierro el cajón–. Mirá que podés terminar vos siendo boleta –me siento a la mesa, frente a él, un poco mareado–. ¿Sabés que la mayoría de los homicidios se cometen con el arma de la persona que intenta defenderse?

No me contesta. El lamento quebrado de Billie Holiday se estira hasta que la guitarra, primero, y después el piano le ponen un límite a su tristeza. La púa llega al final del disco y el brazo se levanta. Adiós *Body and soul*.

–¿Qué pongo ahora, qué querés escuchar?

No me responde. Mi voz resuena en cada rincón del departamento. Este lugar es enorme. No entiendo por qué eligió este departamento cuando los otros dos que tiene son mucho más prácticos para su situación actual.

–Anoche soñé con Rosa –me dice mientras hace entrechocar los cubitos de hielo dentro del vaso.

Se produce un largo silencio que de pronto es interrumpido por el motor de la heladera en el cuarto contiguo.

Sabía que en algún momento de la noche íbamos a tocar el tema. Bebimos mucho, hablamos de fútbol, política, trabajo y mujeres... Es decir, eludimos el nombre de ella exitosamente durante más de dos horas. Es lógico que ahora quiera hablar sobre Rosa.

El camión que recolecta la basura se detiene justo bajo la ventana que da a la calle y trae consigo su

mecánico barullo. La luz roja ilumina brevemente los cansados ojos de mi amigo.

–¿Ah, sí? –le suelto mientras apoyo el posavasos sobre la mesa. Con los dedos, tomo del recipiente de metal un cubo de hielo y lo agrego a mi whisky.

Rosa es su ex esposa. Se divorciaron hace más de medio año. Fue ella quien le pidió el divorcio, y él accedió. «¡Para qué quiero vivir al lado de una mujer que ya no me quiere!» fue su reacción entonces; o, al menos, fue *eso* lo que me planteó. «Además, yo tampoco la quiero ahora».

A los dos o tres meses de separarse, Rosa empezó a salir con otro hombre. Algo natural, considerando que ella es una mujer brillante y el tipo es agradable, a fin de cuentas. Pero cuando mi amigo se enteró, comenzó a sospechar que esa relación había nacido antes de la ruptura; después de todo, a Rosa nunca le faltaron pretendientes, mientras él…

–¿Y qué soñaste? –le pregunto alzando la voz sobre el ruido del camión, la boca medio adormecida por el alcohol.

Como suele suceder con la mayoría de las personalidades cinceladas bajo el lema *yo soy así*, la mayor lealtad de mi amigo es hacia sus propios errores. Respecto a su matrimonio, esa indulgencia consigo mismo se tradujo en un descuido constante hacia ella, a punto tal de ni siquiera preocuparse por ocultar sus espaciados y breves, aunque constantes *affaires* con secretarias o empleadas de su empresa, a las que sistemáticamente terminó despidiendo con un último regalo, que incluso en alguna ocasión *tuvo que ser* un automóvil.

Que mi dispendioso interlocutor se ponga celoso a esta altura de los hechos, rebasa mi capacidad de entendimiento. La única explicación posible sería, en todo caso, el orgullo. Que tiene de sobra, es cierto. Él no me pregunta con quién está saliendo Rosa. Si lo hiciera, ¿se lo diría?

–Soñé que la había seguido –me relata con tono grave– o que había estado espiándola y sabía que había estado con otro hombre y no sabía con quién.

Así que ahora es mi turno. Sabía que, tarde o temprano, me tocaría. Tiene ese sueño casi a diario, o al menos eso parece. Hasta ahora, nunca lo había escuchado de su propia boca. Cada semana elige a un amigo distinto como oyente y después presta atención a cualquier cosa que interpreten de su

relato. Ya me habían advertido. ¿Habrá diseñado algún tipo de orden, se entregará al azar o avanzará a tientas, como un viejo sabueso que ha aprendido a desconfiar de su olfato? Sea como sea, ahora me toca a mí ocupar ese rol de oyente.

–Ella volvía muy tarde, a eso de las cuatro de la mañana, y yo la esperaba fingiendo calma, en nuestra cama. Llegaba muy sonriente y se iba desnudando con lentitud para acostarse. Yo la contemplaba y sentía que un calor lujurioso me hervía el cuerpo.

Preferiría que dejara los visos poéticos para otra ocasión, pero no me animo a interrumpirlo: ya le cuesta demasiado articular las frases con claridad. Parece poseído. No sé si es odio, tristeza o la botella de vino y los vasos de whisky que sirvieron de precalentamiento.

–Con una sonrisa la invitaba a acercarse a mi lado. Cuando por fin obedecía, comenzaba a besarla y a acariciarla lentamente. Las sensaciones táctiles eran muy vívidas: la textura de sus pezones en las redondeces de los senos, los suaves pelitos de la nuca, el lunar en el hombro… ¡Parecía que de veras estaba tocándola!

Está doliéndome la cabeza. Se detiene para servirse el cuarto vaso de whisky. Se pone de pie y con paso inseguro llega hasta donde está el equipo de música. Con pulso incierto, levanta el disco de la bandeja; parece que estuviera por resbalarse de la mano en cualquier momento. Prefiero no mirarlo.

Por la ventana todavía distingo el reflejo de las luces del camión de la basura sobre la pared del edificio al frente, pero sin el batifondo. Debe estar en la otra esquina o en la bocacalle. ¿O es la licuadora de un patrullero apostado en la avenida y haciendo controles?

Lo oigo cambiar de disco. Suelta la púa sobre el surco haciendo que rebote dos o tres veces sobre la superficie del vinilo. No tiene mejor idea que poner *Tristán e Isolda*. Detesto la ópera, él lo sabe, y la alemana muy especialmente, pero no parece recordar ese detalle ahora. Quizá no le importe.

–Mientras la acariciaba –continúa, de regreso a la mesa–, le preguntaba, como si no me afectara, dónde había estado…

Toma asiento o, mejor dicho, se desploma sobre la silla. Se le ensombrecen las facciones, respira

con pesadez. Por favor, que no se ponga a llorar. Vacío mi vaso de un trago y mastico lo que queda del cubito.

–Y entonces me suelta una carcajada. Parece borracha. «Estuve haciéndolo», me dice. «¿Con quién?», le pregunto, ahora serio. «¿Con quién?», y siento que me desespero, que voy transformándome, y ella se ríe, se ríe y no para de reírse, casi a gritos, burlándose de mí, y yo sigo preguntándole y ella sigue contestándome con esa risa indecente, terrible…

Agacha la cabeza como si quisiera esconderla en el pecho. Con las dos manos sostiene el vaso vacío. Convengamos que el fondo musical lo ayuda.

A su espalda, a unos tres o cuatro metros, comienza el pasillo de techo abovedado que da al dormitorio con baño en suite. Parece la boca de un pez enorme dispuesto a engullirlo. O una vulva gigante.

–Me desperté del sueño cuando saltaba sobre ella, le echaba las manos al cuello y apretaba fuerte para estrangularla con rapidez, para que dejara de reírse ya mismo. Me desperté empapado de sudor… angustiado… casi horrorizado…

La última palabra apenas la pronuncia; más bien la deja resbalar de su boca. Me mira fijamente. A los ojos. Casi no parpadea. Tiene un mechón de pelo pegado con sudor a la frente. Parece no respirar.

Así que este es el momento en que yo debo inventar una interpretación satisfactoria para calmar su alma. La medito infructuosamente, titubeo.

–Yo era Dios y el diablo al mismo tiempo, en la misma persona –me dice, sin darme tiempo siquiera a fraguar algo coherente para contestarle, y vuelve a llenarse el vaso.

Bueno. Eso sí que no lo esperaba. Desconocía por completo ese costado… digamos… *místico* de mi amigo.

Nos quedamos mudos largo rato. Flagstad grita su «höchste Lust» y la púa alcanza la zona muerta. El brazo se eleva sobre el surco y regresa a su punto de reposo con un zumbido. El motor de la heladera se calla. De la calle entra el runrún de un motor: tal vez un taxi detenido allá abajo

esperando a alguien que, con más lucidez que yo, advirtió hace un rato que era hora de irse.

Mi amigo está casi desplomado sobre la mesa, un brazo a punto de voltear la botella vacía. Creo que se quedó dormido. Es la oportunidad para marcharme, si es que puedo ponerme de pie. ¿Podré manejar hasta casa? No tengo que hacer ruido…

Avanzó tres pasos hacia la salida y, al llegar al modular, me detengo un segundo.

–¿Y cuál era Dios? –le pregunto, como si no pudiera abandonar ese lugar sin despedirme de algún modo–, ¿el que acariciaba o el que mataba?

Tras un segundo esperanzador de mudez, me responde sin vacilar:

–El que mataba.

Y al alzar la cabeza descubro que está llorando. Gime de dolor, aferrado a la botella vacía mientras se mueve en convulsiones.

Y me da vergüenza.

Abro, entonces, una puerta del modular y saco otra botella de whisky, casi sin animarme a tomar distancia del mueble donde el revólver aguarda.

ESTOY PREOCUPADO, DOCTOR.
ME SALIERON UN MONTÓN
DE PARCHES
IAN MORA

La luz transparente y sensible de la tarde se funde a las baldosas. Los milímetros se asocian a la espera, el sol aprieta con regocijo el corazón y la piel el estío, comienza la historia.

Un perfume cotidiano contiene sueños, donde acosan las penumbras, alaridos y arcoíris se pulverizan. Pero una fuerza los impulsa a no desistir

La ciudad los atraviesa empáticamente y los siente dispuestos a manifestar en un idioma particular y hermoso: el del silencio, en sus cuerpos el amor hace el resto (siempre hay naufragios para no sucumbir). Han despegado de la infancia. A pesar que Ella renace entre abismos y alas rotas, él la sostiene por la integridad de su alma. Cada llegada y partida son cercados por amenazas de un Dios y miles de ojos que incitan al apocalipsis. Pero siempre logran huir hacia el jardín secreto donde la libertad les tienda una puerta y no necesitan un paraíso para ser expulsados, ya que son dueños. Pero la crueldad les ha marcado la frente, solo los espera un sacrificio.

La noche queda en estado de pánico. Unas garras los hunden en la tierra y transforman sus cabezas en ofrendas lapidarias y sanguinolentas; se rinden con sus vísceras desnudas ante la muerte. Voces oscuras y pantanosas recitan la última plegaria.

TIEMPO FINAL

Gladys Cepeda

FABIÁN ARNALDI

LAF25A-10

Una pava viajera
Una pava viajera,
Señora de mil mates,
Entre muchos lugares
Imaginantes errantes.

Acompañó a un gaucho
De nombre olvidado
Cuando su cuerpo fue hurtado
Por él estuvieron y Juez de Paz

Estuvo en la guerra contra el indio
Y luego pasó a uno de ellos
Cuando el olvidado se refugió
En el asilo de cueros y palos.

Acompañó a una china
Casi esclava de un patricio.
Y se fue con su hijo,
El de la china de sueños,
Hacia un servicio militar.

Un día despertó la pava
En un conventillo
Cebo mates a conpadritos
Y se quedó luego en un cambalache.

Una obrera patagónica la tuvo
Y por eso la segundeó

LA PAVITA VIAJERA

Gabriel Juárez

En casorio y tres partos.
Una nieta la rescató
De una canasta olvidada.

Llegó a vivir en la basura
Hoy sale esperanzada
En tierra conurbana
Sobre una manta
Sonríe cachucienta
A quien apenas llega a fin de mes
Porque ella le será más fiel
Que esos gringos “stanley”
Esperanzada en risa
No llegó a ver quién la compró
Por pocas charolas
Pero alegra su ser
El agua de la canilla
Y guiña un ojo al matecito
Barra buena de un club del ascenso.

PABLO PAZ

LAF25A-13

Aquel que los instintos más bajos simboliza ha brotado de la calabaza llena de moscas. Como es de esperarse, lleva la forma de un macho cabrío. Parpadea con ojos amarillentos, y con delicadeza se incorpora sobre sus patas traseras, ancladas en el pasto de la pradera que sirve de habitáculo para este soleado aquelarre medieval. Las niñas lo observan, de pie en el medio del corro, bajo la sombra de los árboles.

Asombradas por la rectitud de su andar de hombre y su mirada sabia, dos de las ocho niñas llevan al Maligno de la mano hasta el mantel donde la merienda ha sido dispuesta.

Sentadas sobre el césped, en esta tarde estival las niñas ríen y chismorrean, conscientes de su travesura, mientras ofrecen al Cabrón una torta de fetos humanos y excrementos de vaca, y beben de una bota el pis que al amanecer robaron de los orinales de sus padres.

Terminada la merienda, y una vez que todas hubieron pedido un deseo al cornudo Belcebú, es la más regordeta quien, exaltada por el éxito de la reunión, pronuncia, con dificultad y de memoria, un ineludible “In nomine Satanas, ¡Lucifer excelsis Dei!”.

UN SOLEADO AQUELARRE MEDIEVAL

Matías Bragagnolo

NICOLÁS DANILUK

Siempre se sintió orgulloso de su profesión. Un ángel de la muerte, así los llaman. A su criterio, es el escalafón más digno dentro de la cadena de asesinos en serie. No suelen ser los más llamativos porque son silenciosos y limpios, sus víctimas mueren con paz, sin dolor. No disfrutan del sadismo, disfrutan de ver la última mirada de una vida que se escapa. La mayoría de ellos fueron enfermeros, es lo más común, aunque hubo casos de médicos y anestesistas. Pero a ellos les falta tacto, un enfermero, enfermeras, también, no hay que ser sexista, tienen la suficiente empatía para comprender las necesidades de los pacientes y atenderlas. Y eso era lo que él hacía cuando notaba la suplica de una abuelita que necesitaba irse de este plano, porque sí, él tenía su fetiche con las ancianas. Jamás asesinó a un hombre, sus víctimas siempre fueron mujeres. Femicida le dirían hoy en día, él cree que están equivocados porque siempre quiso a las mujeres, por los hombres siempre sintió asco. No merecían su compasión, era mejor si sufrían. Amaba a su abuela y a su madre. Esas mujeres que dieron lo mejor de sí. Esas mujeres que lo criaron y enfermaron. Les tuvo que dar un final sin sufrimiento, para eso estudió. Una inyección y listo.

Llegó a la casa de lo que iba a ser su abuelita número trescientos uno. Se sentía muy orgulloso de la numeración alcanzada, era muy pocos los que lograban tal cantidad sin ser detectados, el récord lo tenía un japones y él pensaba alcanzarlo: trescientos noventa y tres. Eso sí, él creía que su trabajo era más elitista porque Kendo Sayu no tenía predilección, hacía descansar a abuelas, abuelos, hombres, mujeres y niños, en su mayoría enfermos terminales, pero después se cebó y eso dejó de importarle. Él era mucho más metódico. La casa de la abuelita era bastante grande. Antigua, casi colonial. No quedan muchas de esas en Buenos Aires.

Toca el timbre y espera a que lo atiendan. Una voz sale del portero al lado de la reja de entrada, es un hombre. Le abre la puerta de entrada al jardín. Entra con su valija, con sus dosis y sus inyecciones. El jardín es amplio tiene dos árboles y varias plantas. La puerta de entrada a la casa es de bronce, a él le recuerda la entrada de un mausoleo, se abre antes de que llegue. No hay nadie para recibirlo. Entra.

LA ÚLTIMA ABUELITA

Pabluchi García

Las luces de la casa están prendidas, aunque el sol entra por los ventanales. Un hombre petiso y regordete se le acerca. Lo primero que piensa es que es un gnomo irlandés, cómo el de Los Simpsons, le faltan las patillas y la gorrita. Intenta no reírse. Le dice que pase al fondo. *Al fondo*. No a una habitación, al fondo. Se pregunta dónde está la abuelita. Lo sigue hasta la cocina, luego a un patio interno. La ropa está colgada, sin lavar. Ve cómo cuelgan los bombachones sucios, puede oler la mierda. Llega hasta quincho, adentro se ve una cama y una anciana acostada junto. La ve a través de una puerta corrediza de vidrio, a un costado está la parrilla. Se pregunta por qué la tienen ahí, tiene un mal presentimiento. Lo empujan hacia delante. Aprieta su maletín de enfermero.

El hombre petiso abre la puerta, él entra. Cuando estaba afuera no había notado que la señora estaba rodeada de velas. La mayoría están apagadas y gastadas. Cubren una buena parte alrededor de la cama, hasta tiene manchadas las sábanas de cera. Unas pocas están prendidas y sus llamas titilan tenues como la respiración de la mujer. Es hermosa, es una ofrenda hermosa. Se gira para decirle al hombre que lo felicita por su devoción por la abuelita y no lo ve. El petiso no está. Lo llama. No responde. La mira a ella, a ella. Es una anciana adorada, le recuerda a su abuela. Tiene todas las ofrendas que él no le pudo dar. En su trabajo es importante ayudar al paciente y en su agenda tiene a una mujer de ochenta y tres años con diabetes que sufre insuficiencia cardíaca y solo tiene un solo riñón, es una abuelita que necesita su ayuda. *Su* ayuda. Se sienta a su lado, le acaricia el pelo, siente su respiración rota. Le toca el pecho, el corazón late despacio. Abre su maletín, saca su jeringa, la carga con insulina en exceso. Ese es su método. Clava la aguja en el suero y presiona hasta el fondo. Una mano toca su hombro, se da vuelta y agacha su cabeza. Es el petiso.

¿Qué hiciste?

No lo deja responder. El petiso le mete un puntazo en el abdomen con una navaja y luego otro y otro. Él se mantiene en pie, se defiende. Lo tira al suelo casi sin problema. No siente dolor, lo golpea.

Disfruta cada piña, no le importa el dolor que siente en sus nudillos cuando parte la mandíbula del hombre. Sigue golpeando hasta matarlo, se asegura de eso, que esté muerto, bien muerto. Respira profundo, tiene las manos hinchadas.

La abuelita sigue respirando en su cama llena de velas. Ella levanta una mano y se arranca el respirador. Saca el tubo de su tráquea, lo tira al piso. Se estira en la cama y hace sonar sus huesos, suenan todos; los de su cuello, los de los hombros, los de los brazos, su columna, el tórax con esas tetas caídas que sobresalen del pijama blanco y sucio, las piernas torcidas se acomodan. Hasta suenan las velas resquebrajándose. Se toca la panza dónde tiene las heridas de la navaja, ella se acerca. Esa abuelita tiene los ojos amarillos y brillantes.

Intenta huir, la puerta de vidrio del quincho está cerrada.

–¿A dónde querés ir? –dice la abuelita con una voz de hombre, no es la voz de cualquier hombre. Es la voz de su padre.

–¿A dónde querés ir, Miguel? ¿No querés quedarte con papá?

No quiere quedarse con papá.

La anciana está parada frente a él. Ahí llega el miedo desde sus entrañas, sube hasta su garganta, se queda sin aire. Intenta huir. La puerta de vidrio del quincho está cerrada. No puede abrirla, la traba está rota. La abuelita le toca la espalda, lo da vuelta para que le vea el rostro demacrado.

–¿A dónde querés ir?

A la mierda se quiere ir, esto no debería haber pasado, él es un ángel. *Un ángel*. No puede hablar, no le sale la voz. La abuelita lo besa, le mete la lengua y le acaricia el paladar. Siente el olor a su padre, cierra los ojos y no los vuelve a abrir jamás.

EMILIANO BELLINI

LAF25A-19

Criaturas

Hace unas noches, fui testigo de algo muy extraño. Soy consciente de que, siendo una vampira, nada (o nadie) debería resultarme extraño. Y sin embargo…

Caminaba por un parque ubicado en el extremo sur de la ciudad. A pesar del estado de abandono, ningún otro parque tiene el mismo encanto. Antes era el jardín de la mansión que ahora funciona como museo. Cuando el sol desaparece, queda prácticamente a oscuras.

Iba por un sendero custodiado a cada lado por una hilera de estatuas. Delante de mí, vi a una pareja. Algo me llamó la atención: el tamaño de él. Demasiado grande y alto. Apuré el paso hasta estar a unos diez metros de distancia. Ella era joven. Vestía *jeans* y zapatillas. Paseaban tomados del brazo, como si fueran novios caminando hacia el altar. Él vestía un sobretodo. Por debajo del abrigo, le salían unas patas. No piernas, sino patas. Y en la cabeza tenía cuernos. Dudé de lo que estaba viendo, pero era así. En un momento, ella miró hacia atrás. Me detuve en el acto. Le dijo algo a él y volvió a mirar hacia delante. Se acercaron al borde interno del sendero, pasaron entre dos esculturas y empezaron a caminar por el pasto.

Me moría de curiosidad, pero no los seguí. Ya los había molestado más de la cuenta.

Encuentro nocturno

Alguien nos vio en el parque. Estábamos paseando por el sendero de estatuas. Aunque siempre somos cautelosos, es difícil no cruzarnos con nadie. Venía detrás de nosotros. Cuando me di cuenta, giré la cabeza un instante. Era una mujer. Le dije a mi bestia que nos habían descubierto. Me respondió que ya sabía. Podía olerla. Tenía un olor distinto al resto de los humanos. Abandonamos el sendero en dirección al centro del parque. Ella no nos siguió. Me tranquilicé. Caminamos hasta el lago y nos sentamos en uno de los bancos que hay en el borde.

Mi bestia me dijo que el olor más lindo que había sentido nunca era el mío.

VAMPIRA + BESTIA

Julieta Manterola

JUAN COCCOTIS

De tan lejos vengo andando,
tanto que el rumor del viento
no recuerda ya mi patria
y es mi carne el pavimento.

A la sombra de neones
—opacadas las estrellas—
soy un dolor sin nombre,
una inaudible querella.

Los espectros por la calle
ingrávidos me desprecian,
con sus miradas de oro,
cuando los miedos arrecian.

No sé qué malos pasos,
buen señor, bella señora,
dando tumbos me arrastraron
a prisión tan seductora.

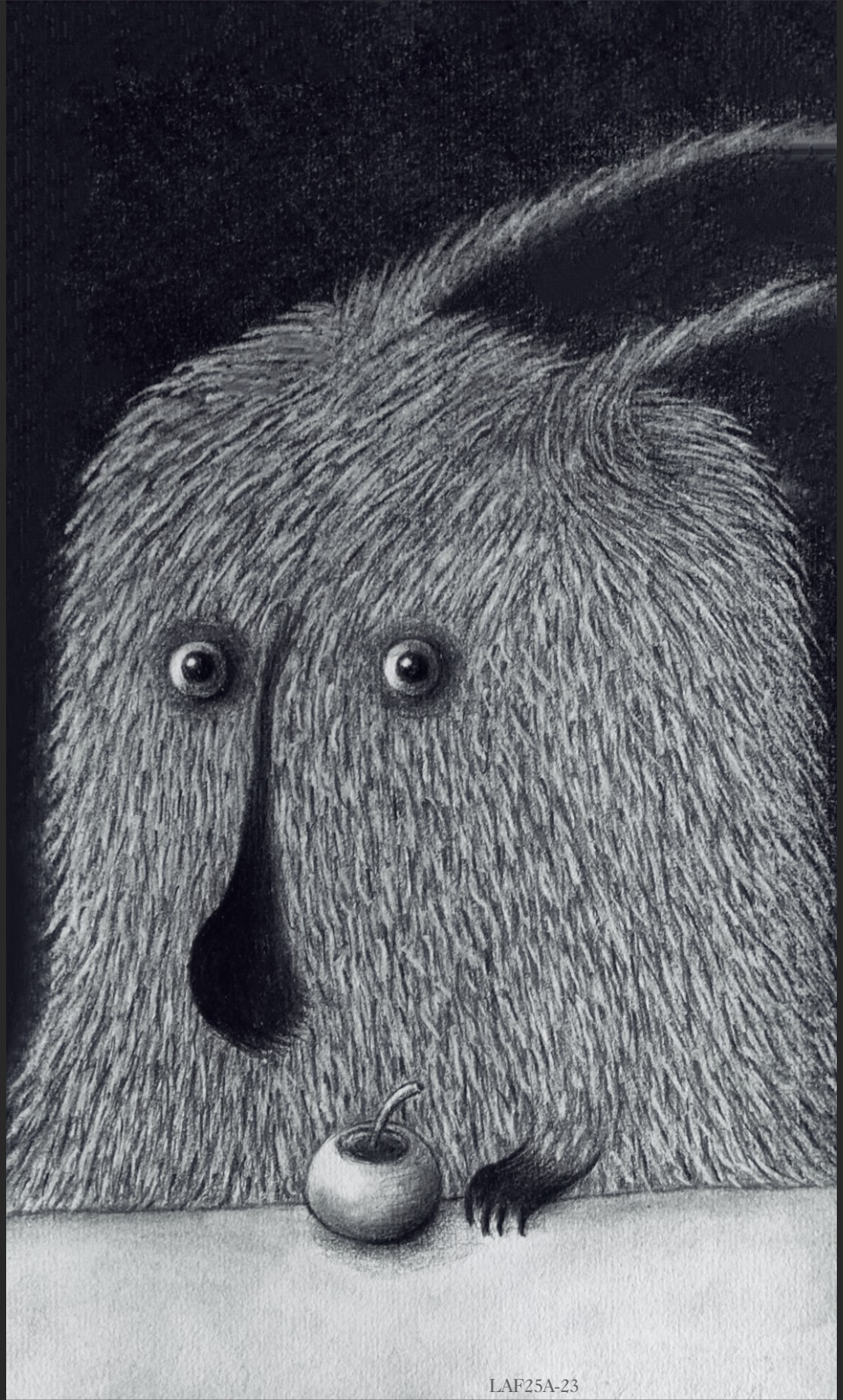
Sólo sé que en estas manos
marchitáronse las flores,
las aves y sus tonadas,
empapadas de licores.

Que todo cuanto ahora tengo
es hambre, un hambre de osario,
y peor que el hambre la pena
de este albor en solitario.

HAMBRE

Nuno Gonçalves

LORENA PINASCO



LAF25A-23

KARRATU
Textos de Diego Arandojo
Dibujos de Arquimides Laputtana

1

Aspirar todo el oxígeno
de una rana

Erigir una estatua de
cal

Darle ese oxígeno

Que la estatua grite durante
cien días y una noche

Llamarse a reposo

Abrir los ganglios y gemir

Matsumoto Hoji. 1814

2

Un hombre
cansado

Se dejó comer por su
lavarropas

Y la máquina, sabia,
escupió una mujer

Ella tenía el vientre
habitado por sombras

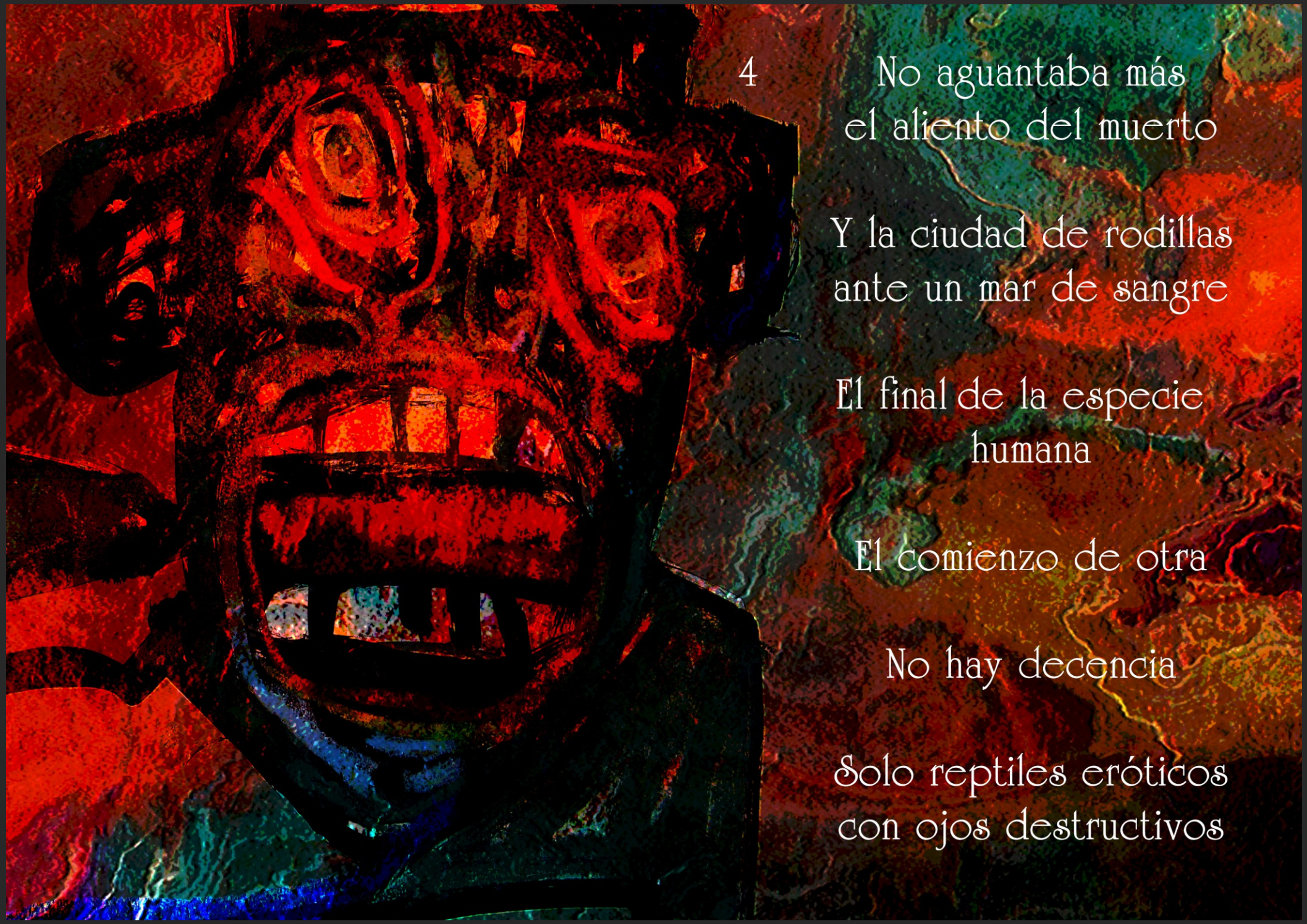
Una de ellas fue
presidente del mundo

3

El Arcángel
Rafael con HIV

El Arcángel
Uriel con COVID-19

Y Lucifer,
borracho, chocó
su automóvil
contra una
córnea del
Santísimo

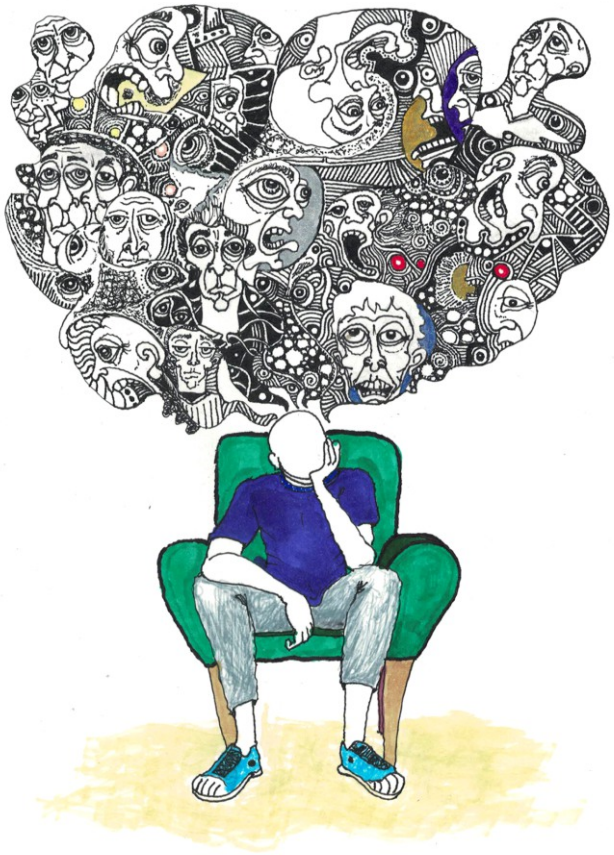

4
No aguantaba más
el aliento del muerto
Y la ciudad de rodillas
ante un mar de sangre
El final de la especie
humana
El comienzo de otra
No hay decencia
Solo reptiles eróticos
con ojos destructivos

MAURICIO GIACOMINO

El primer coso es el del coso sentado con el siguiente texto:

El problema no es escuchar voces internas, sino que se confundan con las de afuera. Y peor si empiezan a dialogar entre sí, porque ahí es en donde se filtra información

Extracto del Manifiesto Colifatista
Libro V Diálogos [28:6]



El segundo:

Ideas como clavos,
un clavo saca a otro clavo,
una idea cubre a otra idea.
Una idea fija,
clavada,
sacada a martillazos
torcida,
como los renglones escritos por un dios.

Manifiesto Colifatista
Libro VI, Apócrifos.

HECHOS Y PALABRAS

Colifato Ilustrado

(escribió e ilustró)

EMILIANO RASPANTE

Pecado era vivir.
En aquellos tiempos turbios.
Mirar los edificios de los demás y apenas tocarlos.

Mi tía siempre venía en otoño.
La alojábamos en la casa del vecino.
Porque él gustaba de ella.

Yo trabajaba de desempleada.
Vivía de las limosnas del Estado.
Veía televisión en mi teléfono.

Cuando la tía intentó propasarse conmigo.
Le metí dos piñas en la cara.
Y terminó hospitalizada.

Así era todo en casa.
Una porquería.
Sin risas ni nada, solo llantos.

Soy chiquita.
Mido un centímetro.
Seguro que hoy me pisarán.

INSOLVENTE

Julia Rachman

ALEJANDRA
VIVIANA ARANDA

LAF25A-33

El empedrado hace vibrar el auto cuando le digo al taxista que doble por Puccio. El río no se ve pero está ahí, detrás de los faroles. El taxi pasa bajo el puente del poeta, después gira y toma avenida Colombres en dirección al centro. La tormenta pasó, pero el pavimento y las ruedas siguen con el ruidito ese de chicle o de pegamento acuoso.

Entonces los mástiles de los veleros, la usina Sorrento y el arroyo Ludueña. Después, la escultura del hombre gigante en el parque Alem, el acuario, las luces de algún barco. Cada vez que paso por el estadio de Central se me aparece el recuerdo del velatorio del tío Jorge, mil años atrás, en las salas que todavía están sobre boulevard Avellaneda, Ana y yo chiquitos, jugando afuera con una piedrita. Era una noche igual a ésta, con la vereda todavía mojada, con el ruidito a chicle, con la angustia esperando, paciente, en la sala del velorio primero y en casa después, con mamá llorando y papá consolándola. Y los días tristes, mamá triste y la abuela más triste y nosotros chiquitos, preguntando por el tío Jorge.

Al pasar frente a la sala veo que están velando a alguien, que hay gente en la vereda. El rostro de una mujer joven me recuerda a Ana. Algo me conmueve, no sé muy bien qué, y enseguida le pido al taxista que se detenga. Entonces pago la tarifa y cruzo el boulevard y me acerco a la puerta de la sala velatoria y la mujer que veo, la que se parece a Ana, se me queda mirando, como buscando algo en mi cara, como si me conociera. Y yo me quedo congelado, porque yo conozco a la mujer joven, es parecida a Ana, todos dicen que son iguales, las dos rubias, las dos con el pelo lacio, pero Ana no tiene un lunar del lado izquierdo de la cara. Hola, le digo, vengo a despedirme. Y la mujer me responde que sí, que por supuesto, que adelante, que están todos dentro. Estoy seguro de que me cree uno de esos primos lejanos de Villa Constitución o de Arroyo Seco.

La mujer entra, pero yo me quedo afuera, porque lo que quiero ver es otra cosa. Y busco entre los dos únicos árboles de la vereda donde están los nenes rubiecitos jugando con una piedra, pateando la piedra entre los charcos y riendo, totalmente ajenos a lo que sucede detrás de ellos. Y el nene

PRIMO LEJANO

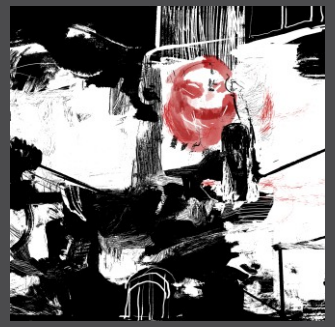
Matías Castro Sahilices

patea la piedra bien lejos y corre a buscarla con toda esa vehemencia que siempre tuvo encima —y con la que aún vive la vida— y, en el camino, sin querer, empuja a la nena y la hace caer sobre un charco de agua sucia.

Y la nena llora y entonces me acerco y la nena deja de llorar. Me pone la misma cara de la madre, como escrutando algo, como adivinando que estoy relacionado con el tío Jorge. Enseguida busco unos caramelos Sugus que llevo de casualidad en el bolsillo de la campera —y que me dio esa mañana doña Olga, la almacenera, porque no tenía cambio—, y se los doy, tomá, para vos y tu hermanito, y la nena sonríe, la nena me sonríe y yo le sonrío y justo veo que se acerca el nene mirando feo, como preguntando quién carajo soy yo para ayudar a su hermana. Y mientras el nene se arrima, me tomo un segundo para repasarlo todo, para tratar de recordar aquella noche después de la tormenta, cuando estábamos con Ana afuera, jugando entre los charcos, y vino aquel primo lejano de Villa Constitución y nos dio unos caramelos y nos dijo que todo iba a estar bien.

AGUSTÍN SCETTI

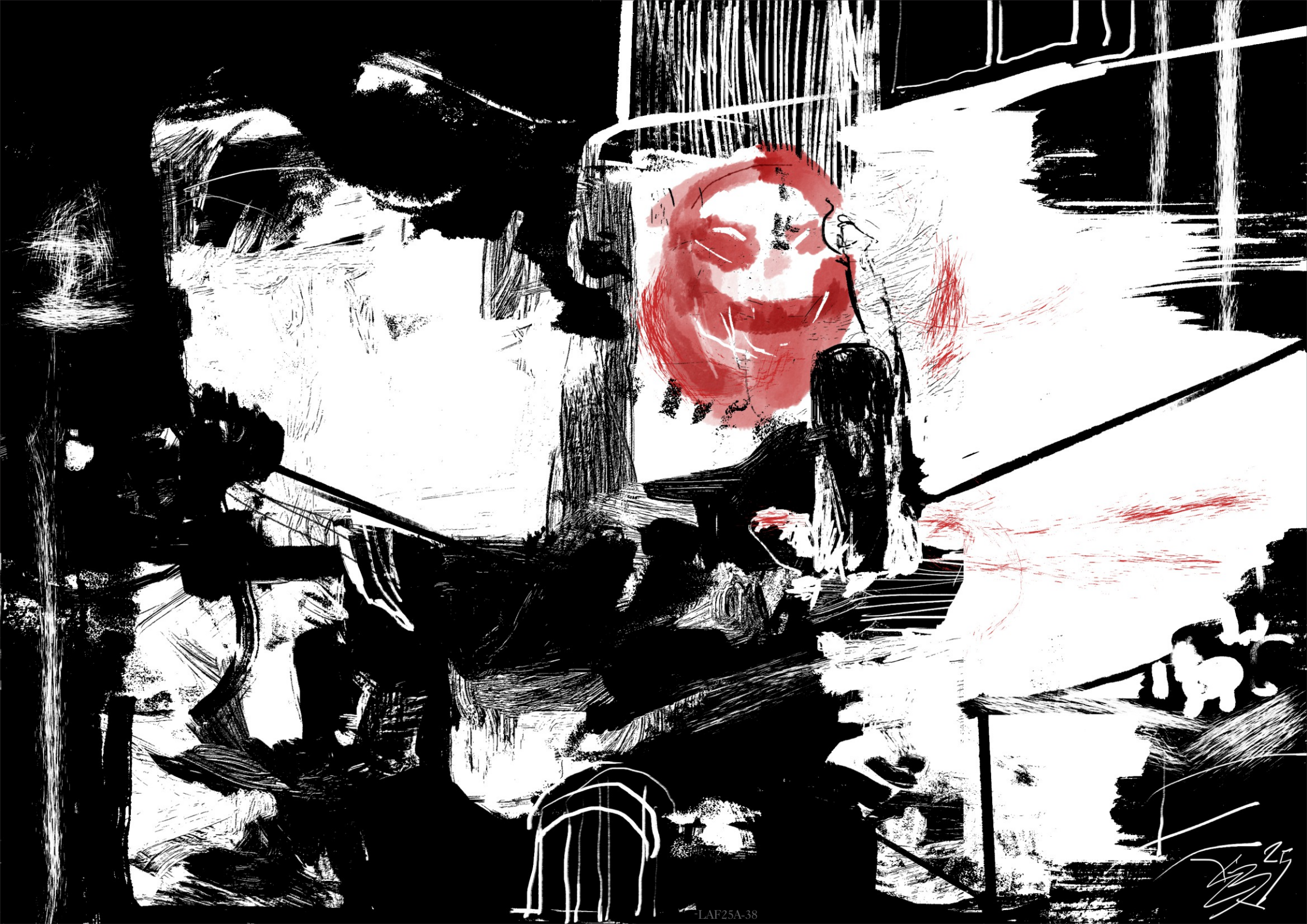
le rompían el semblante, cada martes y miércoles, con un ladrillo. eso le hacían sus nietas a miríta, una jubilada apacible y respetada en el barrio. la anciana vivía en una casa grande pero descuidada, en lo que respecta a higiene. aunque ella se negaba, poco importaba: el automóvil llegaba los lunes y les entregaban a las niñas. entonces miríta se hacía cargo como podía. les preparaba ricas comidas, les cantaba canciones nórdicas, de contenido nauseabundo, les permitía jugar en el "jardín hermético" (un espacio posterior de la vivienda, donde se acumulaba peligrosa basura entre el yuyo y la tierra con olor a pis de gato). pero las nietas jamás estaban saciadas, ni en el estómago ni la mente. de aquel jardín hermético extraían ladrillos y asaltaban a la abuela durante la noche. sin darle tiempo para defenderse, recibía ladrillazos en su rostro, hasta que quedaba totalmente desfigurado. en ese momento, las niñas se calmaban y se iban a dormir. a la mañana siguiente miríta aparecía en la cocina, preparando el desayuno, con la cara sin un solo rasguño. esto enfurecía soberanamente a las pequeñas atacantes que no se explicaban con qué magia o bálsamo la vieja reconstituía su faz. ella sonreía, mientras pensaba la forma de vengarse. tal vez envenenarle las galletas con veneno para ratas o, más cruento aun, entregarlas a "don cachito", el vecino que vivía junto a la casa de la anciana. un sujeto extraño que gritaba profecías a la madrugada.



LA RUTINA

Diego Arandojo (escribió)

Emiliano Bellini (ilustró)



FABIÁN ARNALDI

El tipo salía de su casa todos los días a las ocho de la mañana. Caminaba sin rumbo fijo un buen rato, a veces encaraba para el sur; otras, iba hasta los bosques de Palermo. Sólo le gustaba avanzar, que los pies se movieran con ritmo le fascinaba, se hipnotizaba y no podía parar. Los miraba. Ahora que lo pienso, casi siempre miraba para abajo, es cierto, según él porque no quería entrar en conflicto con nadie, quería evitar todo tipo de contratiempo. El pensamiento era más importante que la acción. Lo concreto se le desvanecía frente a la elucubración; era eso nomás, no había ningún otro misterio. Sabía que caminar no lo conducía a ningún lugar, casi que no era una acción en sí, no tenía ningún propósito, no.

Las escalinatas de la costanera eran para él muy angostas, bah, en realidad lo angosto eran los peldaños, porque decía que casi casi que no le entraba el pie enterito. Quizás tenía los pies demasiado grandes o era un obsesivo compulsivo.

La danza de los pies era eso: verlos caminar. Y así era todo, porque él conocía cada senderito de su barrio, los atajos, las cortadas que ofrecía la ciudad o "la *city*", como la llamaba Carlos, el verdulero de la esquina: "¿Qué pasó hoy en la *city* que hay tan poca gente?", le decía, y él se encogía de hombros. "No sé, Carlitos. Sino sabés vos, que estás en todas, ¿quién lo va a saber?", le contestaba él, irónico. Le encantaban los diminutivos, los usaba todo el tiempo: que cosita de acá, que me tomé unos matecitos, que queséyosito…

El tipo, "—porque para sí mismo, para ir pensando, no tenía nombre—". ¿Cómo que no tenía nombre?, se preguntarán. ¡No puede ser!, todos tienen nombre. Lo que pasa es que si lo digo ya no tiene ningún sentido seguir contándoles esta historia.

Él estaba ese día fatídico caminando por uno de esos senderitos escondidos en su barrio y vio algo que no tenía que ver o que no quería. Al principio creyó que se trataba del efecto que producía el sol apagándose de a poco en el horizonte, pero no, lo que vio no tenía nada que ver con un simulacro lumínico. Era una figura demasiado nítida, estaba iluminada por dentro y eso lo hacía casi transparente. No había dudas para él que se trató de un extraterrestre o un ser fabuloso, no encontraba otra explicación. Era demasiado parecido a nada, pero también tenía dejos de lagarto o insecto; de un tamaño ni muy chico ni muy grande, una estatura promedio para una persona adulta, de unos treinta años, tal vez, encorvada. Esa cosa estaba ahí en la vereda, fumaba tranquilo, con moderada parsimonia. Gesticulaba desmesurado, como si él y su interlocutor

FLORES MUERTAS

Hernán Tenorio

invisible estuvieran pasados de merca. Pero cuando pasó a su lado reconoció el humito dulce de un fasito.

Dio media vuelta y se detuvo en seco. Se quedó como una estatua algunos segundos que fueron una eternidad y luego retomó el camino. Volvió finalmente a su casa, ya estaba oscuro. Al anochecer, el sol se había ocultado por completo y reinaba en el cielo una luna redonda y llena como un plato de porcelana viejo: se podían observar con claridad muchos cráteres y rayitas, —volviendo a la analogía con el plato— como si hubiera sido pegada con *La gotita*.

Cruzó la reja totalmente alterado por la figura del hombre extraño. Pero antes de entrar a la casa se detuvo y observó el frente, se agachó con cuidado y examinó atentamente el suelo de tierra que había a los costados de un caminito de baldosas grises que conducía a la puerta de su casa, sus abuelos lo llamaban "porche".

Nunca había notado el color de esas flores que crecían solas en el jardín delantero. Muchas veces las había observado, pero luego se olvidaba casi al instante de ellas, nunca más hasta ahora las había recordado. "¡Qué extraño!", pensó, pero entonces se olvidó también de aquella incógnita, que lo había aquejado por segunda vez, sobre la identidad del marciano. Porque ahora no era otra cosa lo que lo aquejaba más que las florecillas: ¿De dónde habían venido estas flores?, se preguntaba serio. ¿Qué color tenían? A veces parecían amarillas, otras veces eran claramente rojas, pero en otras ocasiones estaba seguro de que eran azules o violetas. ¿Por qué nunca crecían ni vivían demasiado? Siempre al ras, casi a quince centímetros del suelo por dos días, sólo a veces llegaban a vivir tres. ¿En qué época del año crecían más? Estaba segurísimo de que siempre las había visto en primavera y en verano, nunca en otra estación. Aunque ese parámetro de las estaciones hacía años que se estaba desdibujando, había calor en invierno y frío extremo en primavera, llovía a cantaros en verano y se producían sequías en otoño.

Había que reconocer que aquellas flores, hasta aquel día anónimas (tampoco sin un nombre que las designara especialmente o con cariño: las chicas, las peques de colores, minimargaritas y de otras tantas formas las llamaba él), eran toda una incógnita, pero también una alegría. Era hermoso llegar al hogar y encontrarlas, ¡siempre tan radiantes!, erguidas en el suelo ralo del jardín.

Muchas veces había intentado con ansias embellecer ese espacio de tierra seca con plantas y flores

de colores, pero nunca lo había logrado. Una tarde se fue caminando hasta el *Easy* de la avenida y compró una pala de punta, un zapín, unas bolsas de tierra y muchas semillas y fertilizantes químicos. Pero, aunque arrancó malezas, dio vuelta la tierra, la abonó, la aró para colocar las semillas y, finalmente, la regó por un tiempo prudencial; no logró que creciera nada, seguían apareciendo los mismos yuyos y estas flores que, con el tiempo, aprendió a amar.

Les dedicó algunos poemas a las flores, pero, lamentablemente, hacía varios meses que no escribía una sola palabra. ¿Cómo iba a hacer para volver a escribir?, le preguntaba retóricamente a Lucía y le regalaba, siempre que podía, un ramillete de las extrañas florcitas. Él era escritor y poeta, pero ya hacía tiempo que no se le ocurría nada. Por suerte tenía el trabajo de corrector *freelance*, que lo ayudaba a ganar unos pesitos y lo mantenía entretenido, y al menos trabajando con textos, aunque no fueran siempre literarios y, por lo general, espantosos.

Con los días volvió a pasar por la vereda donde había visto al marciano. La primera vez no lo encontró, tampoco la segunda, pero en la cuarta o quinta pasada lo reconoció de espaldas, fue porque estaba encorvado y por el humito que le revoloteaba la cabeza. Es él, se dijo y lo encaró:

—Buenos días, ¿cómo estás? ¿Me convidás una seca? —lo increpó y se lo quedó mirando fijamente, esperando una respuesta.

El otro le extendió el charuto sin decirle una sola palabra. Desde ese día se hicieron amigos inseparables. Con el tiempo supo que se llamaba Oscar y que había nacido en el sur, en algún lugar misterioso de la Patagonia.

La última palabra que tenía escrita en su libretita le había llegado al instante, (serruchándole los oídos como un disparo), luego de ver aquel desastre, como un crucifico roto, todo maltrecho e inservible (igual que siempre) que no le serviría a un buen cristiano para rezarlo, así había sentido la ofensa del vecino extraterrestre, no podía tolerarlo más. Su amigo había hecho algo que para él era imperdonable. Las flores estaban muertas, secándose al rayo del sol de enero o tal vez en el último sol de abril. Oscar colocó los cadáveres en una bolsa de residuos con los otros yuyos que había arrancado de su jardín.

Su amigo le quiso dar una sorpresa: "Había que quitar ese yuyerío, ¿no te parece?", le dijo sonriente, y le extendió una lata de cerveza bien fría. Bebieron un buen rato en silencio. Y llegó la noche. El otro regresó a su casa, se despidieron secamente, ni siquiera se miraron.

Hacía muchísimo frío y la casa era un *freezer*. Las chicas hubieran muerto de todas formas, no hubieran tolerado este frío extremo, se decía como consuelo. Pero en el seno de su ser, en lo más profundo, sabía que las iba a extrañar hasta que volvieran a nacer de nuevo.

Al otro día se despertó temprano y salió a caminar otra vez. Poco a poco volvió, después de un tiempo, a sus rutinas obsesivas y no vio nunca más al extraterrestre.

Esa mañana, encaró para el lado del río, quería llegar hasta la reserva natural, para observar a las aves remontar el vuelo desde los escombros de la costanera. Siempre fantaseaba, como había visto en algunos videos en las redes sociales, que encontraría a una gaviota o un pato enganchado en una red de plástico, con la pata atrapada en una botella y que iba a salvar al animalito de la bestialidad de los humanos. De camino escuchó algunos disparos y los cánticos a viva voz de las columnas que marchaban por Paseo Colón hacia Plaza de Mayo.

El tiempo pasó y él seguía sin escribir una sola palabra. Las flores nunca más aparecieron.

SI MIRO LA TELE SIENTO QUE ME PIERDO LO QUE PASA EN LAS REDES Y SI MIRO LAS REDES SIENTO QUE ME PIERDO LO QUE PASA EN LA TELE
ESO YA LO HABLAMOS
¿SÍ? ME LO PERDÍ
-IAN MORA-

mamadera humana que la madre ejecuta como si fuera algún tipo de acordeón

la cláusula del contrato especifica que *"siete días al mes se deben extraer los ganglios de una bicicleta"*

me dejó (otra vez) mi novia

yo me fui al banco en bolas

me pareció bien borrarme del grupo de Whatsapp "fanáticos de Frank Zappa"

me divierto jugando videojuegos viejitos en mi Commodore 64

píxeles inocentes

píxeles parcos

toda la soledad del mundo

ahí frente al televisor

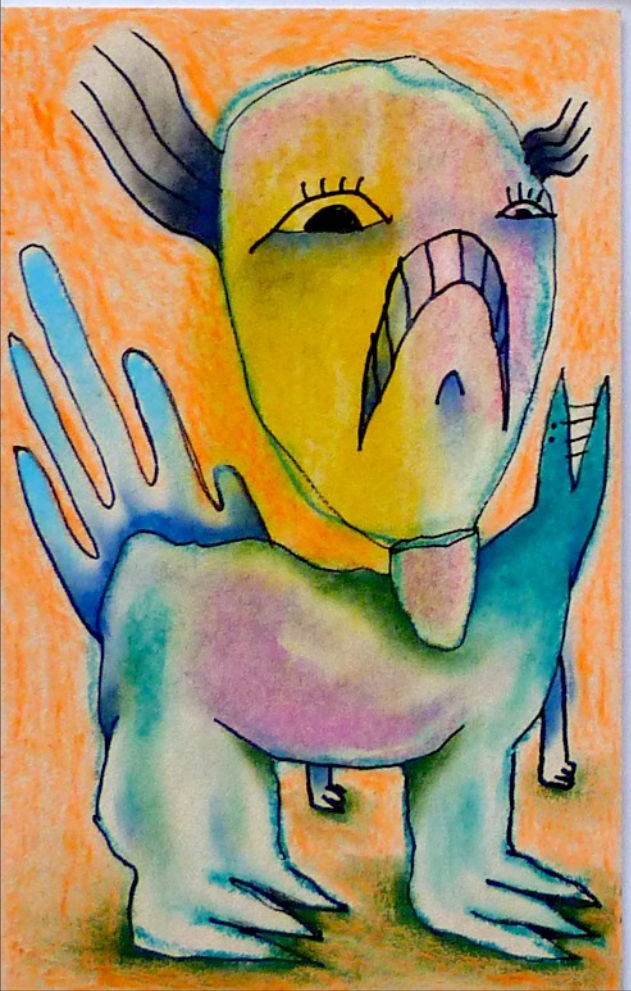
/quiero llorar pero no quiero que se me corra el maquillaje

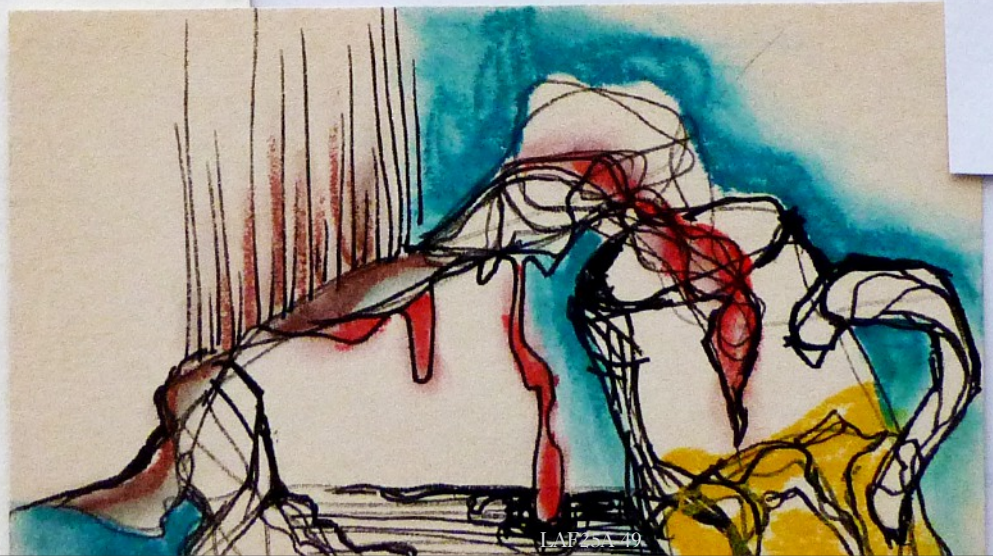
LOS PÍXELES PARCOS

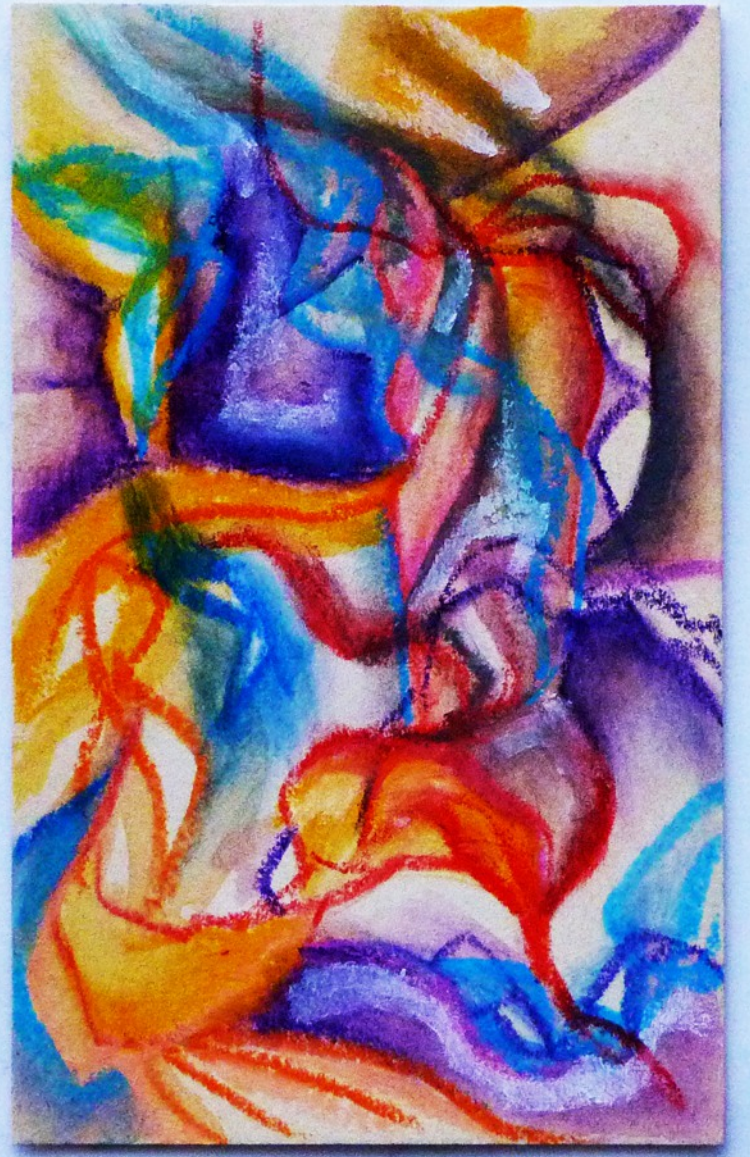
Juan Sirro

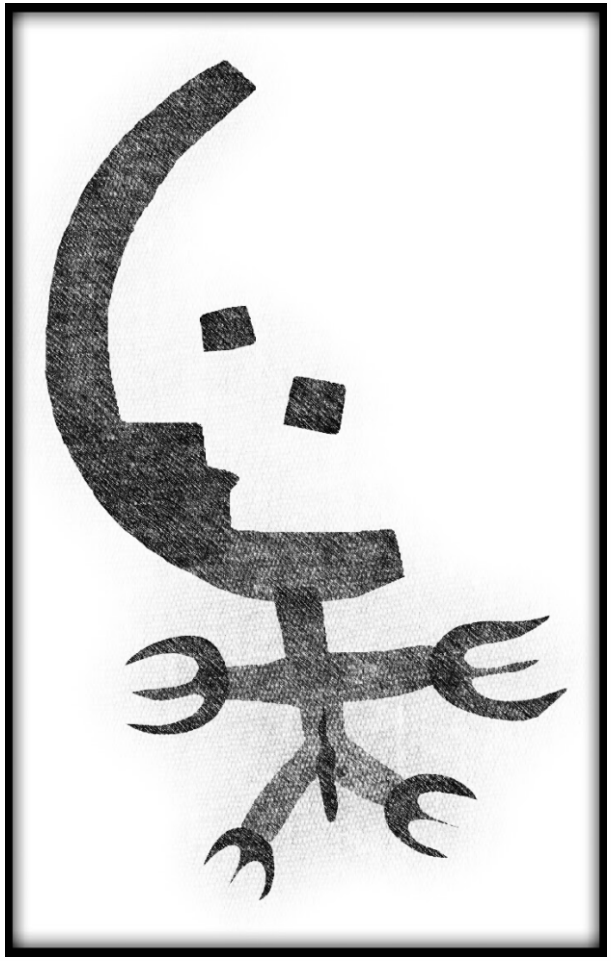
UNA TARDE SIN VOCES EN EL CIELO

Por Paté Crudo









PABLO PAZ

CAMILA TORRE NOTARI

Entrevista de
Diego Arandojo

¿Qué lugar ocupa el dibujo hoy en tu vida?

Hoy en día el dibujo ocupa un lugar central en mi vida, es mi fuente principal de ingresos. Trabajo de manera *freelance* desde mi casa como diseñadora gráfica, pero desde la época de la pandemia empecé a desarrollarme como ilustradora también. Así que hace varios años que trabajo con algunos clientes haciendo dibujos a pedido y otro tipo de encargos relacionados a la ilustración que me divierten mucho. Además, dibujo mis propios proyectos de historieta, a los cuales quiero darle cada día más importancia porque es lo que más disfruto hacer.

¿Cuáles son tus primeros recuerdos dibujando, y qué artistas o historietas, inicialmente, te interesaron más?

Siempre me gustó dibujar, desde muy chiquita. Mi mamá es artista plástica, por eso crecí rodeada de pinturas, dibujos y libros de arte. Para entretenerme a mí y a mis hermanos, mi mamá nos daba lápices y hojas blancas así que me la pasaba dibujando.

De pequeña y de adolescente me encantaba el anime y el manga, especialmente Sailor Moon, Ranma ½ y Evangelion. Una de las primeras historietas que recuerdo hacer se trataba de una nena que sale de la casa a la mañana para ir al colegio, ella va corriendo y comiendo el desayuno en el camino porque está llegando tarde. Esa historieta está claramente copiada del primer capítulo de Sailor Moon que fue y es una de mis grandes inspiraciones.

¿Cuándo y cómo sentiste que la historieta sería parte de tu vida?

Cuando tenía 14 años descubrí el taller de historieta que Ángel Mosquito daba en su casa en Bella Vista, muy cerca de la mía. Empecé a ir ahí los sábados a la mañana y me re copé. Más tarde me sumé al taller que él y Cristian Mallea daban en *La Productora*, su estudio de ilustradores en Morón. Ahí conocí dibujantes que hoy en día son mis amigos y colegas. Además, Mosquito me introdujo en el mundo del fanzine y la historieta *underground*, me mostró los trabajos de Daniel Clowes, de Robert Crumb y de Peter Bagge. Un día me prestó el número uno de *Odio* de Peter Bagge editado por La Cúpula y

flashé. Ahí me di cuenta que se podía dibujar cualquier cosa, lo que se te ocurra, lo que más quieras, entendí que no hay una sola forma de hacer historieta y que es un universo para explorar alucinante. Después de eso no pude parar de dibujar.

¿Qué es un fanzine y cuáles fueron tus experiencias dentro de este género gráfico?

Un fanzine es una publicación dibujada, impresa y distribuida por sus propios autores. Para mí, también es un espacio de diversión y libertad donde se puede crear sin pensar en la mirada de los demás. Además, es una manera de hacer llegar a otras personas el trabajo propio sin depender de una editorial o distribuidora.

La primera vez que participé en un fanzine fue a los 8 años con un dibujo de una playa-campo en una publicación que tenía mi hermana Mei y su amiga, Clarisa, llamada *Moderadamente Raquel*. Más tarde, en la época en la que iba al taller de *La Productora*, junto con Martín Lietti, Laura Dattoli, Juan Caminador, Darío Brabo, Samanta Erdini y otros compañeros hicimos los fanzines de historieta *Demasiada Cafeína* y *Blíster*. Con Pilar Corrales hicimos durante varios años el fanzine *Pulp, el Grillo*, donde invitábamos a colaborar a diferentes amigues, escritores y dibujantes a publicar lo que quieran. Era un fanzine muy delirante, absurdo y lleno de humor. Llegamos a editar 11 números y cada vez que salía uno nuevo organizábamos una fiesta llamada *La Matinée de Pulp, el Grillo*. En las matinées poníamos la música que más nos gustaba a nosotras, regalábamos golosinas, organizábamos juegos de dibujo y *collage*, y coronábamos a el rey y la reina de la fiesta.

Después de muchas publicaciones fotocopiadas y de un curso que hice en la FADU sobre serigrafía, empecé a explorar otros formatos de fanzines. Imprimí en serigrafía algunos fanzines míos (como *Pulmón de Oro*, *Guardería Canina*, *Grandes Éxitos*, *Liliana* y *Las Pizzas*) y tapas para fanzines de otros amigos también (como *Invasor*). Así empecé a experimentar un poco más con el formato, usando papeles de colores, cosiendo en vez de abrochando y tratando de transformar el fanzine en un objeto coleccionable. Por ejemplo, el fanzine *Las Aventuras de Chelo y Cami por el Mundo* es mi diario de viajes y tiene forma de cuaderno antiguo con doble tapa y una cintita para cerrarlo. También, *Las Pizzas* tiene forma de caja de pizza miniatura.

¿Cómo surgió "El tiburón diablo"?

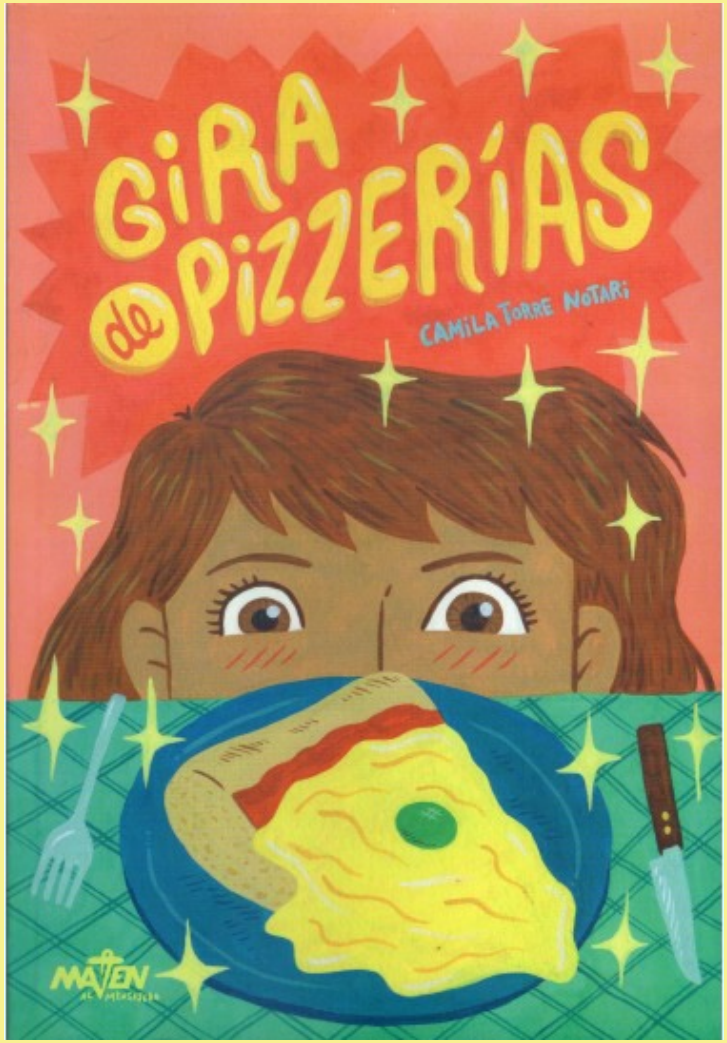
Antes de dibujar *El Tiburón Diablo* participé en un concurso que había en un blog llamado *El Reto de Julio*. La consigna era dibujar una página de historieta por día durante todo el mes. En esa época yo trabajaba como diseñadora gráfica en una productora junto con dos amigas, Carla y Mariela, fanáticas de las películas de terror. Ellas me hablaban de una película que les encantaba de nombre *El Ciempiés Humano*. A mí ese concepto me daba mucha impresión y nunca me atreví a verla. De todas maneras me divertía mucho escuchar sus conversaciones sobre este tipo de historias. Así que decidí dibujarlas a ellas dos filmando su propia película de *body horror* y lo fui publicando en *El Reto de Julio*. Esta historieta de 31 páginas se terminó llamando *Chicasco*. Me divertí tanto dibujando esta historia que la usé como precuela para *El Tiburón Diablo*, donde las mismas protagonistas tienen otra aventura de terror y humor.

Lo cotidiano y las cosas que pasan a mi alrededor siempre me inspiran para hacer historietas. *El Tiburón Diablo* arranca en el *Festival Viñetas Sueltas* que se hizo en Tecnópolis, el año en que los principales invitados eran dibujantes de *La Isla de la Reunión*.

Por eso, en la primera escena, las protagonistas están feriando en ese festival y al ver un panfleto sobre el turismo en La Isla deciden irse de vacaciones allá.

¿Creés que una vez que se alcanza un estilo de dibujo se vuelve un poco una prisión?

No, no creo en el estilo de dibujo como una prisión. Tampoco siento haber alcanzado un estilo como si fuera un destino puntual e inamovible. Por lo menos en mi caso en particular siento que mi estilo de dibujo es un lugar donde me siento cómoda pero a la vez que está mutando a cada rato. De a poco, con el tiempo, voy incorporando nuevas cosas, probando nuevas técnicas, cambiando algunas síntesis o algunas fórmulas que uso para el dibujo de determinados objetos o figuras. Pero el dibujo me genera curiosidad, es un espacio de exploración y en cada proyecto que encaro trato de divertirme con algún aspecto diferente. Entonces hay épocas o proyectos en los que me concentro más en dibujar fondos con edificios, en otros trato de dibujar diferentes árboles o de buscar nuevas formas de generar expresiones o me concreto más en la



ropa… Todo eso me entretiene, hace que no me aburra de dibujar y, además, hace que mi estilo vaya mutando.

¿Qué tópicos te interesan más al momento de comenzar a pensar en una historieta nueva?

Depende el momento, voy cambiando. Tuve ese período donde tenía ganas de dibujar partes del cuerpo asquerosas como se ve en *Chicasco* y *El Tiburón Diablo*. Después, en los libros que publiqué con Maten al Mensajero estaba enganchada con hacer historietas alrededor de mascotas (*El Ángel Negro* y *El año en que conocí a Naritzutis*) y de comida (*Gira de Pizzerías*). Ahora estoy flasheando con dibujar tecnología, como computadoras, placas, circuitos y monstruos *cyborg*.

Hablemos de "Gira de pizzerías", ¿cómo y cuándo comenzó este libro?

Crecí en Bella Vista en la zona oeste del Gran Buenos Aires. No tenía idea de la cultura de las pizzerías de Capital Federal Cuando empecé a salir con Chelo, él me habló por primera vez de la mística de estos lugares. Él trabajaba en el centro, solía ir a Las Cuartetas cada semana y le habían comentado de la pizzería Angelín, así que fuimos a conocerla y nos encantó. De a poco fuimos recopilando información y visitando todas las pizzerías más emblemáticas. Por diversión, fui dibujando reseñas de esas salidas y en un momento tuve tantas páginas que hice un fanzine recopilándolas. Cuando decidimos armar el libro con Maten al Mensajero agregué más historietas relacionadas a la pizza y su historia, un glosario, recetas de fainá, fugazzeta, ñoquis, focaccia, masa madre… Me la pasé comiendo y dibujando para este proyecto, fue un proceso hermoso.

¿Tenés una rutina de trabajo? ¿Trabajás más de día o de noche?

Sí, tengo una rutina. Actualmente me estoy levantando todas las mañanas a las 7, me hago el desayuno y a las 8 empiezo a trabajar. Depende del día y depende del proyecto en que esté trabajando, puedo estar un rato en la computadora primero, contestando *mails*, y apenas pueda me siento a dibujar. En el tablero, si estoy con proyectos de historieta más largos, o en el *iPad*, si estoy con algún encargo. Así, hasta las 2 de la tarde que paro

para almorzar, descansar un rato y seguir dibujando hasta la noche. Me gusta más trabajar de día que de noche, a la mañana estoy más fresca y el cerebro me funciona mejor, me concentro más fácilmente. Además, me estoy levantando muy temprano y llego cansada a la noche, así que cuando baja el sol prefiero relajar, cocinar, tomar algo y ver alguna película.

A cinco años del inicio de la cuarentena, y al revisar tu "El año en que conocí a Naritzutis", ¿cómo sentís esa experiencia, desde la historieta?

Cuando arrancó la pandemia leía en Internet los diarios de cuarentena de Otto Zaiser y de Ernán Cirianni y me encantaban así que decidí hacer el mío propio. Dibujar las páginas de *El año en que conocí a Naritzutis* me sirvió para buscarle el lado gracioso a todo lo que estaba pasando y también para conectar con mis amigues a la distancia.

¿Preferís trabajar en blanco/negro o color? ¿O va de acuerdo al proyecto en sí?

Me gusta mucho trabajar en blanco y negro, es donde me siento más cómoda. Para proyectos de historieta largos me resulta más práctico y económico, de todas maneras me encanta el color, me divierte mucho aplicarlo, me gustaría explorarlo más. La mayoría de los trabajos a pedido que hago suelen ser a color y para mí es una linda oportunidad para experimentar y probar combinaciones y paletas. Una de las historietas en las que estoy trabajando ahora la estoy haciendo a color también, con tinta china para las líneas y tinta china aguada para grises y sombras. Encima de eso, le agrego color digital. El resultado es re lindo, me encanta y quiero seguir haciendo dibujos en ese estilo.

¿Cómo llegaste a "Domingo a la tarde"?

Durante muchos años estuve recopilando anécdotas que amigues o familiares me fueron contando y que me parecieron graciosas o locas. También fui anotando en diferentes cuadernos cosas que escuché por la calle, algunos sueños que tuve, palabras que me llamaron la atención, animales que conocí en viajes… Mi idea era poder transformar todas estas anotaciones en historietas. Así, de a poco, fue apareciendo *Domingo a la Tarde*. Primero elegí cuatro de esas notas, las que más me gustaban, pensando que sean bien

diferentes entre sí. Después desarrollé los personajes que iban a protagonizarlas, y para eso creé a Carmen, Nelly, Margarita y Mateo, que son miembros de una misma familia. En un principio sólo el primer capítulo, la historia de Carmen, se iba a llamar domingo a la tarde, pero me gustó tanto la idea de que todas las historias sucedieran un domingo a la tarde que terminó siendo el eje que une las cuatro aventuras y el nombre mismo del libro.

¿Cómo fue tu experiencia en *La Maison des auteurs*?

Fue muy linda, me encantó, la recomiendo. Me sorprendió Francia, Angoulême es un lugar antiguo y muy hermoso, me encantó el clima y la comida. Lo más importante es que conocí autores de historieta de diferentes partes del mundo y eso me hizo flashear. *La Maison des auteurs* es un edificio grande con muchas oficinas donde trabajan autores de Francia, de Rusia, de Inglaterra, de México, Colombia, Canadá, Estados Unidos, Irán, Líbano y más lugares. Los dos meses que estuve ahí compartí, junto con Léa Murawiec y Antonio Hitos, una oficina espectacular con vista al río. Pude ver como cada uno se relaciona con la historieta, los que viven solo de eso, los que combinan disciplinas, cómo son los diferentes procesos de trabajo… En Angoulême hay eventos relacionados a la historieta constantemente así que vi muestras alucinantes, escuché charlas y vi películas a cada rato. Me quedé hasta la fecha en la que se hace el festival de historieta de Angoulême y participé con mis dibujos en la muestra anual de autores residentes llamada *Convergences*. Además, en vísperas del festival, junto con Nacha Vollenweider, Léa, Julia Giordano y Adjim Danngar organizamos y leímos en la primera edición francesa de *Cinemacomic*, un evento de lectura de historieta en vivo que ya habíamos hecho en Espacio Moebius en Buenos Aires. Toda la experiencia fue un intercambio muy nutritivo e inspirador, me volví con mucha energía y más ganas de dibujar que nunca.

¿En qué proyectos estás embarcada actualmente?

Estoy trabajando en *Paloma Hacker* que es una historieta de aventuras y ciencia ficción donde dos chicas que tienen una banda se hacen amigas de una paloma y la invitan a cantar con ellas. La paloma, además, trabaja para una empresa de tecnología encargada de robar datos de la gente del barrio y venderlos a mega corporaciones. Algo sale mal en

la empresa donde trabaja la paloma y aparece un monstruo *cyborg* mitad paloma mitad computadora. Las chicas y la paloma se unen para desactivar al monstruo.

También estoy dibujando una historieta con guion de Ale Farías que trata de un chico muy tímido que estudia en la universidad, tiene onda con una compañera y la vez se engancha con otra chica por *chat*. Es la primera vez que trabajo en un guion así de largo escrito por otra persona y la verdad que me divierte mucho enfocarme nada más que en el dibujo.

¿Cómo te definirías en unas pocas palabras?

Soy Camila Torre Notari, autora de historietas. Me apasiona dibujar y para eso me inspiro en la vida cotidiana y las cosas que observo a mi alrededor. Me interesa hacer foco en los detalles y en el humor. Además, me gustan las plantas, comer y cocinar.

ig: @camicomics

GR MATEO

NO TE RECONOCÍAN NI TUS COMPAÑEROS

Año 1977.
Tenías pelo largo y barba, eras el Jim Morrison del Río de la Plata.
Pero eras un rati y tenías un objetivo: una estudiante.
Hiciste trabajo de hormiga, la seguiste, lograste ser parte de su grupo de amigos y lo más importante (para tu corazón, porque como quien no quiere la cosa ya estabas hasta las manos) es que ella se enamoró.
Pero sucedió.
Te habías camuflado tan bien que no te reconocieron tus compañeros de grupo de tareas.
¿Será que cambiaste en todo el tiempo que te llevó cortejar a la estudiante?
Nunca lo supiste.
Un Falcon te esperó.
Un millico te chupó.
Intentaste explicar, pero fue demasiado tarde.
Es que ya no eras ni una cosa ni la otra y para ellos eso era peligroso.
Nunca más se supo de vos.

SECUESTRO EN LA PLAYA

Paraban en la Bristol y llevaban bigote montonero.
Corrían los años 70.
Era sábado y había mucho sol.
Al grito de "¡¡¡Vive la République, et vive la Argentine!!!" fueron todos juntos con sus tablas al agua. Ese era su grito de guerra.
La ola del día los esperaba.
Luego vendría la picadita con Gancia y las fiestas nocturnas y las tertulias donde tramaban y conspiraban.
Una noche sucedió.
Alguien al grito de “¡Viva la patria, carajo!” se los llevó.
Solo porque pensaban.

TRES TEXTOS

Pablo Katzin (Fritz Sol)

OFICIAL ERRAMUSPE

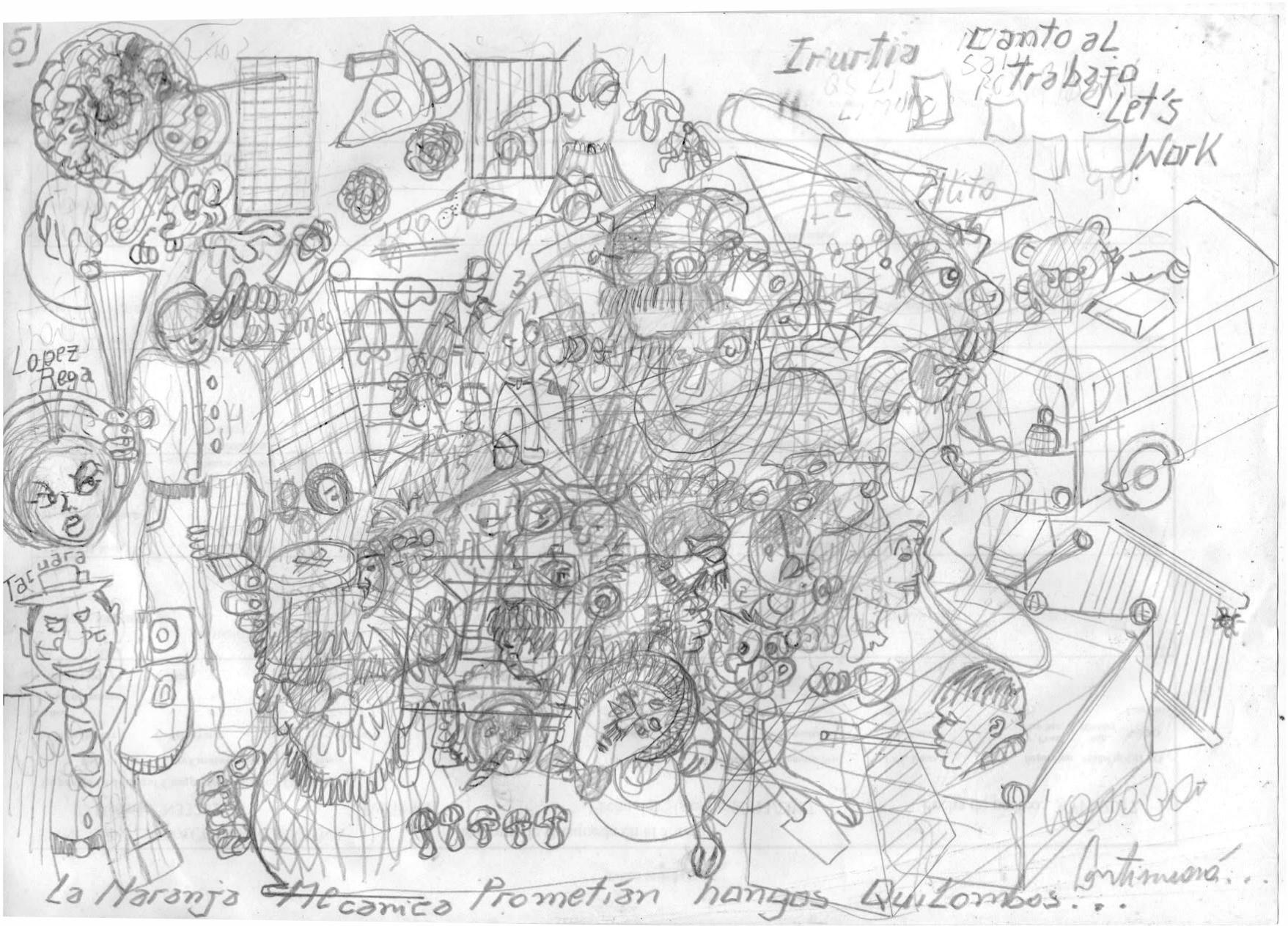
¿Quién dijo que era culpable? Nadie, ni siquiera la supuesta víctima.

Un policía lo corrió porque le vio cara sospechosa, lo arrinconó frente al riachuelo y lo hizo saltar.

El agente Sixto Erramuspe fue ascendido y siguió buscando supuestos victimarios.

Siempre el mismo *modus operandi*, los agarra "infraganti", los mete en el patrullero, los arrincona frente al Riachuelo y los tira al agua.

Todo seguía normal para Erramuspe hasta hoy que se encontró a Juancito, "el resucitado".
Una vuelta Juancito, paseaba por Avenida Corrientes, hambriento como estaba, se quedó embobado mirando la vidriera de una pizzería.
Hasta que cayó el oficial Erramuspe.
Lo primero que hizo fue pegarle un mamporro, lo esposó y lo metió en el patrullero.
Ahí recién lo interrogó y por supuesto no le creyó nada.
Juancito se reía por dentro porque sabía que, al no estar vivo, nada le sucedería.
Llegaron al Riachuelo, y de una patada, el agente tiró a Juancito al río.
Esa noche, Erramuspe durmió entrecortado porque la imagen de Juancito se le apareció (¿en sueños?) y empezó a sentir, raramente en él, culpa por todos sus actos de abuso de autoridad.
No dio más, tanteó la mesita de luz, buscó su arma reglamentaria y se disparó



WALTER ALARCÓN

con las chicas del secundario abrimos el mausoleo

sacamos los ataúdes (los rompimos a mazazos)

había restos disponibles todavía

COMIMOS MUERTOS

después volvimos a la casa

hicimos el amor

y nos quedamos dormidas

SOÑAMOS MUERTOS

yo a una vieja de cabello negro que se sacaba los ojos y los martillaba

“vas a ser yo”, me gritaba

me desperté, fui al baño e hice caca

EL MAUSOLEO ABIERTO

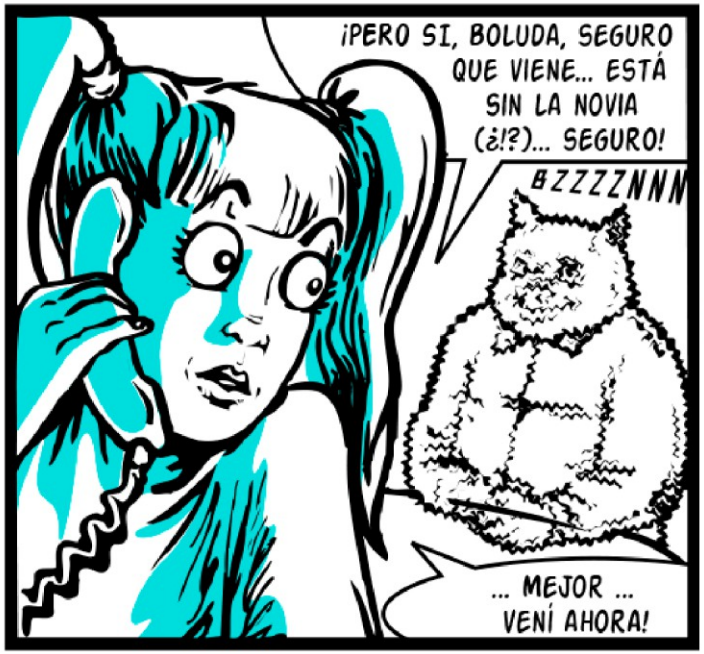
Juan Sirro

JUAN PABLO DIZ

Una historieta de Jorge Fantoni

LAF25A-66

CAPÍTULO 1: LA BESTIA Y LA BELLA



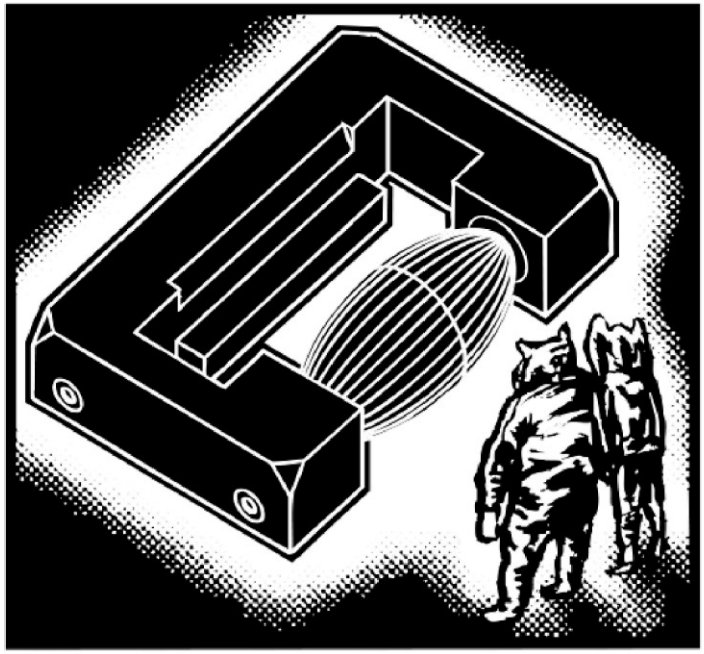
AAAAAHHHH!
¡NO SE MUEVA!!!
¡ESTO TIENE UN GAS DE PIMIENTA Y... MOSTAZA COMO EL DE... UNA PELÍCULA QUE... DIERON AYER!
SI...
BUENAS NOCHES...
EL CHANCHO COMENZÓ A HABLAR...
NO TENGAS MIEDO... ¿HABRÍA POR AQUÍ UN LUGAR SEGURO PARA ESTACIONAR MI MÁQUINA DE VIAJAR?
¿Y CÓMO ES DE GRANDE ESA ... SU MÁQUINA DE VIAJAR?
-¿Y QUÉ ES UN DODGE POLARA...?
-UN AUTO GRANDE... Y VIEJO ... ¡O SI NO, DE UNA 4 X 4!
EN LA COCHERA... AHORA ESTÁ VACÍA Y CABEN COMO DOS AUTOS...
-BIEN...
MÁS O MENOS DEL TAMAÑO DE UN DODGE POLARA...

¿Y LA MÁQUINA DÓNDE ESTÁ?
... AHORA VIENE

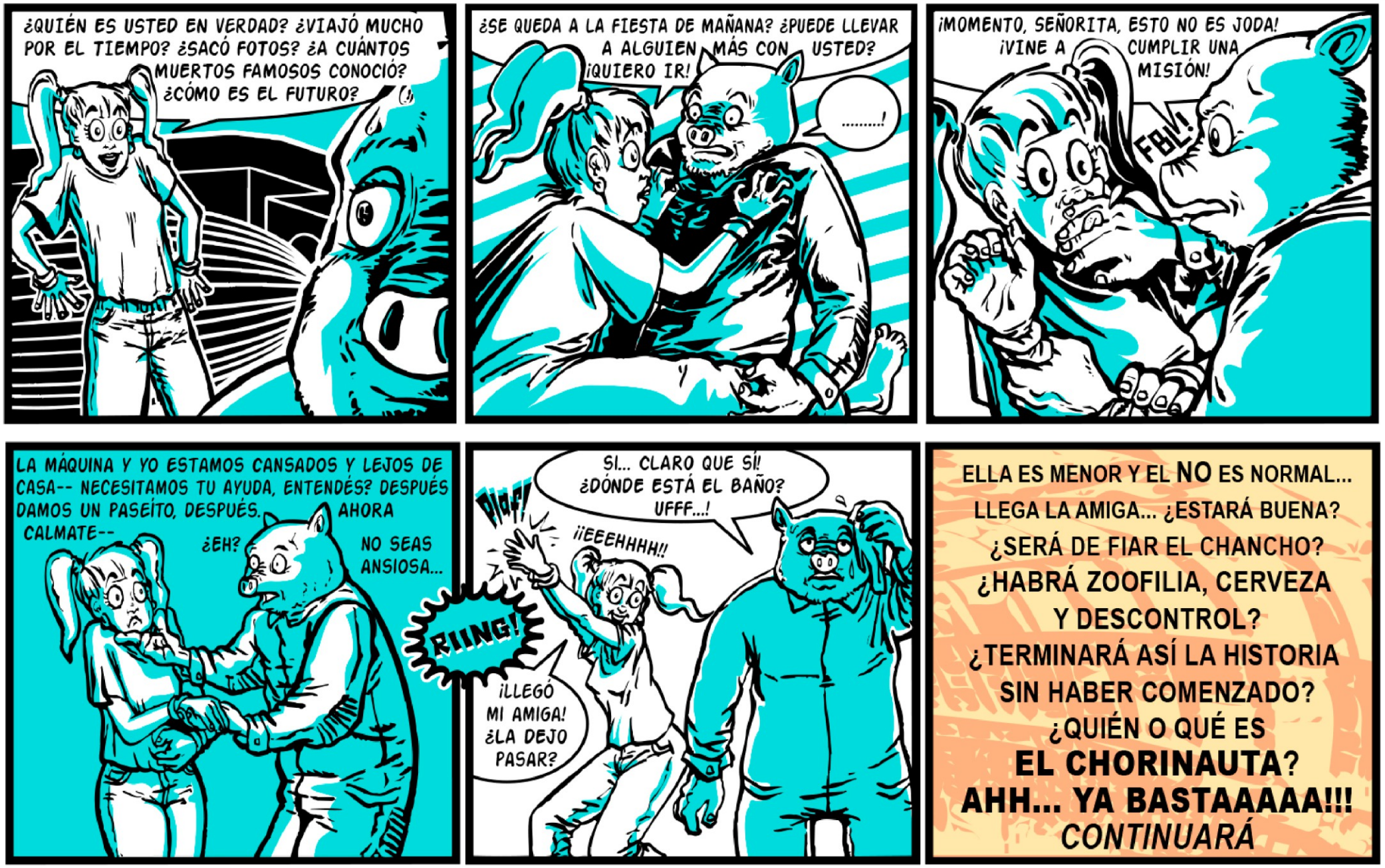
¿ESE QUE LLEVÁS ES UN UNIFORME DE PRESIDIARIO?
NO. TRANQUILIZATE...
EL CHANCHO SE PUSO A MEDIR LA COCHERA

DESPUÉS COLOCÓ EN EL PISO UNAS BALIZAS QUE GUARDABA EN LOS BOLSILLOS...

PRIMERO VIENE UN GOLPE DE AIRE, Y DESPUÉS APARECE LA MÁQUINA
¡NO TE ASUSTÉS...!
¡OOOPSA!



ENTONCES... ¡ESTO ES UNA MÁQUINA DEL TIEMPO!
...MÁS O MENOS... SERÍA BUENO QUE NO LA TOCARAS...


¿QUIÉN ES USTED EN VERDAD? ¿VIAJÓ MUCHO POR EL TIEMPO? ¿SACÓ FOTOS? ¿A CUÁNTOS MUERTOS FAMOSOS CONOCIÓ? ¿CÓMO ES EL FUTURO?
¿SE QUEDA A LA FIESTA DE MAÑANA? ¿PUEDE LLEVAR A ALGUIEN MÁS CON USTED?
¡QUIERO IR!
.....!
¡MOMENTO, SEÑORITA, ESTO NO ES JODA! ¡VINE A CUMPLIR UNA MISIÓN!
FBI!
LA MÁQUINA Y YO ESTAMOS CANSADOS Y LEJOS DE CASA-- NECESITAMOS TU AYUDA, ENTENDÉS? DESPUÉS DAMOS UN PASEÍTO, DESPUÉS. AHORA
CALMATE--
¿EH?
NO SEAS ANSIOSA...
RIING!
SI... CLARO QUE SÍ! ¿DÓNDE ESTÁ EL BAÑO? UFFF...!
PIOF!
¡¡EEEHHHH!!
¡LLEGÓ MI AMIGA! ¿LA DEJO PASAR?
ELLA ES MENOR Y EL NO ES NORMAL...
LLEGA LA AMIGA... ¿ESTARÁ BUENA?
¿SERÁ DE FIAR EL CHANCHO?
¿HABRÁ ZOOFILIA, CERVEZA Y DESCONTROL?
¿TERMINARÁ ASÍ LA HISTORIA SIN HABER COMENZADO?
¿QUIÉN O QUÉ ES
EL CHORINAUTA?
AHH... YA BASTAAAAA!!!
CONTINUARÁ

Satanás

nuestro destino ha sido revelado

y bajo la fría luz de la luna roja
nuestra guía
saldremos en la noche
como soldados del infierno

haremos sacrificios
en tu nombre

usaremos cuchillos tan afilados
como los dientes
del mismo Leviatán

Todos quedarán manchados
De sangre impura

construiremos un altar
con los cráneos y los huesos
de nuestras víctimas
para que reines en él

nadie estará a salvo

llevamos tu marca
en la piel
y en nuestros negros corazones

entonaremos canciones
apócrifas
aullaremos poseídos
por el hambre de destrucción

SOLDADOS DEL INFIERNO

Dante Minervi

gritos desgarrados
de nuestras víctimas
sonarán hasta el amanecer
el réquiem de la muerte
hará temblar el cielo

nuestro señor Satanás

danos hoy las tinieblas
tu reino
cólmanos de lujuria
de pecado
de perversión

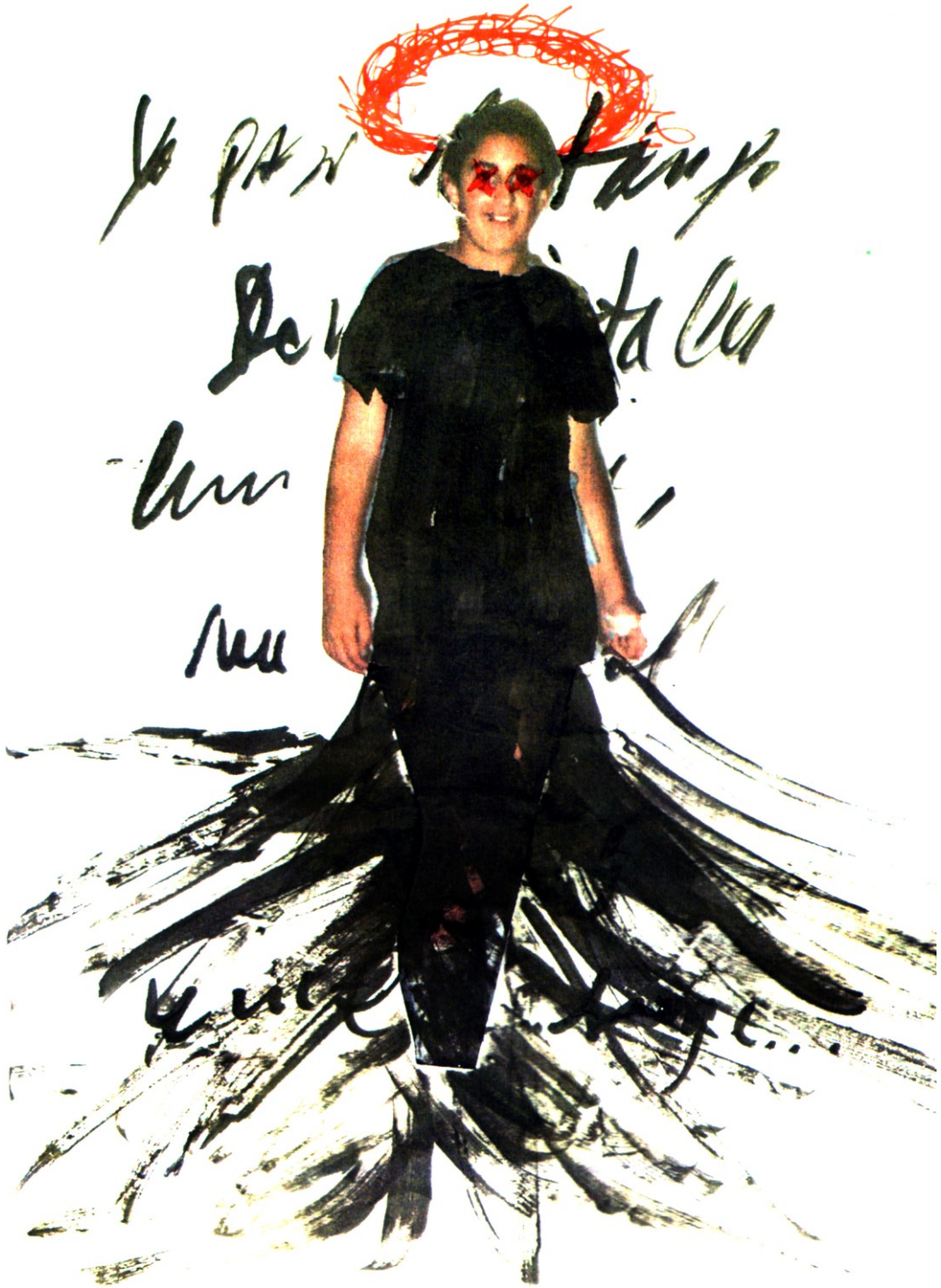
sembraremos el miedo y el caos
el infierno se levantará
en la tierra

destruiremos la carne
esclavizaremos las almas
el círculo de fuego
será completado

se cumplirá tu voluntad
señor de lo profano

y con la sangre derramada
pagaremos el precio
para uniremos a ti

en las sombras.



EMILIANO RASPANTE

PIERO PIERINI

LAF25A-73

LA CONSAGRACIÓN
Diego Arandojo
Ilustraciones por Andrés Casciani

Son muchos los que desean ser Consagrados. Pero solo unos pocos lo logran. Se requiere paciencia, tenacidad y, por sobre todo, un alma indecente que busca ser purificada.

La tierra. La sal. El fuego. Tres hermanos que deambulan en la luz, para hallar la oscuridad. Una vez allí, sumidos en la más angustiante negrura, se comprende y se recibe.

La palabra se escribe pero no se pronuncia: U C X U O.

1.

Para poder ver un ucxuo hay que cortar tres ramas de diez centímetros cada una.
Se unen con un cordel negro, en tres vueltas.
Por último se lanzan al río mientras se repiten estas palabras: *caucasa bon ik*.

2.

Al momento de dormir se debe vestir camisón sucio.
Descansar boca arriba, con los puños cruzados en el pecho.
Serenar la mente y pensar en una habitación vacía, con una paloma revoloteando.

3.

La primera manifestación del ucxuo es una hinchazón en el tobillo izquierdo.
Esta inflamación crecerá hasta tener un diámetro de veinte centímetros.
No tocarla, tolerar la incomodad.

4.

Cuando el dolor sea en extremo agudo, calentar el filo de un cuchillo.
Clavar la punta en la hinchazón hasta que libere su fluido interno.
Así aparecerá el primer cuerpo del ucxuo.

5.

Las siguientes corporizaciones se producen en un lapso de dos horas.
Es conveniente seguir recostado, mover el cuerpo lo mínimo.
Cada bolsa que contenga estos cuerpos debe ser pinchada y drenada.

6.

Es normal que, una vez conformado en su totalidad el ucxuo, se entre en pánico.
Su aspecto es por demás desagradable, además de los distintos hedores que emana.
Un día y una hora después del alumbramiento le crecen los cincuenta y siete pelos.

7.

El ucxuo debe ser lavado con vinagre y peinado con peine de cobre.
Mientras se ejecuta esto hay que repetir estas palabras: *maiy suc ehe*.
Si se llegara a enfurecer, conviene retroceder y tapar con una manta blanca.

8.

La presencia del ucxuo en la casa trae inmediato bienestar.
Los problemas financieros o románticos se resuelven en pocos días.
Es lo que se denomina “etapa de oro”, que será seguida por una “etapa de cobre”.

9.

Durante la etapa de cobre el ucxuo se vuelve hostil.
Es conveniente mantenerlo encerrado o encadenado; su fuerza crece y es pura furia.
Estas palabras producen una breve calma en él: *anati ikal tu.*

10.

Superada la etapa agresiva, llega el “ciclo úrico”, que puede durar varios años.
En este período el ucxuo suele crecer más de un metro de altura.
También desarrolla el habla, con un vocabulario escueto pero utilitario.

11.

Es habitual que La Consagración se produzca durante este ciclo.
El ucxuo montará a quien lo parió y le depositará en la espalda sus tres crías.
Estas ingresarán en el cuerpo del elegido y permanecerán con él durante siete años.

12.

Si fuera necesario suprimir la vida del ucxuo, se debe proceder con cautela.
Primero: arrancarle los nueve ojos; luego ahogarlo en una tina llena de fresas podridas.
Finalmente hay que ir removiéndole cada extremidad y quemarla de inmediato.

13.

Los restos del ucxuo serán enterrados en camposanto.
Se orinará y defecará sobre el sitio de la inhumación.
Irse lentamente, sin mirar atrás y repetir: ucxuo noc ucxuo noc.

La Consagración está completa.
Puedes salir al mundo.
Tu pureza es un arma filosa; utilízala con sapiencia.
Recuerda esta frase: “No hay bienestar permanente, solo breves lapsos de codicia”.

FIN

LAFARIUM

a b r i l d o s m i l v e i n t i c i n c o

FALSOS PROVERBIOS HERMÉTICOS

Dios desconfía
/
de los más puros

Todos los derechos reservados a sus respectivos autores/as
De la presente edición, LAFARIUM
www.lafarium.com / www.lafarium.com.ar
Contacto: lafarium@gmail.com
Copyright 2025

Director:
Diego Arandojo

Portada:
Tinta Cruel

Colaboradores:
GR Mateo
Marcelo Gobbo
Ian Mora
Gladys Cepeda
Fabián Arnaldi
Gabriel Juárez
Pablo Paz
Matías Bragagnolo
Nicolás Daniluk
Pabluchi García
Emiliano Bellini
Julieta Manterola
Juan Coccotis
Nuno Gonçalves
Lorena Pinasco

Oscar Grillo (Arquímedes Laputtana)
Mauricio Giacomino
Colifato Ilustrado
Emiliano Raspante
Julia Rachman
Alejandra Viviana Aranda
Matías Castro Sahilices
Agustín Scetti
Hernán Tenorio
Juan Sirro
Paté Crudo (Marcela Nigro,
Manuel Rivas Pintos,
Juan Manuel Menéndez)
Camila Torre Notari
Pablo Katzin (Fritz Sol)
Walter Alarcón
Juan Pablo Diz
Jorge Fantoni
Dante Minervi
Piero Pierini
Andrés Casciani